

El Día Mundial del Medio Ambiente en Extremadura nos sirve, una vez más, para reiterar nuestra voluntad y acción decidida por la sensibilización, la protección y el uso respetuoso de la naturaleza en el marco de nuestro programa "Extremadura XXI. Acciones de desarrollo sostenible".

Las generaciones futuras, nuestros hijos y nietos, quieren leer y escuchar la voz de la naturaleza y del entendimiento de los seres humanos con ella. Para contribuir a satisfacer ese deseo y para conseguir una naturaleza accesible a todas las personas hemos querido que todos podamos soñar, cantar, leer, oír e imaginar en nuestras voces y en las de aquellas que nos aman; sólo así conseguiremos un mundo solidario en el que "lo importante es llegar todos juntos".

Para acercar la naturaleza y sensibilizar a los más jóvenes la Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo junto a la Editora Regional de Extremadura de la Consejería de Cultura y Patrimonio y la Fundación ONCE han realizado la edición de los cuentos ganadores en el II Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta".

ISBN 84-7671-419-X



**JUNTA DE EXTREMADURA**  
Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo  
Consejería de Cultura y Patrimonio

# La hija del águila

Andrés Carballo Expósito



**LA HIJA DEL ÁGUILA**

Andrés Carballo Expósito

# LA HIJA DEL ÁGUILA

© De esta edición:

**JUNTA DE EXTREMADURA**

Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo

Consejería de Cultura y Patrimonio

© Andrés Carballo Expósito

© Diseño Portada: pMLlarena basada en idea de Jesús Ávila Grande

© Ilustraciones: Jesús Ávila Grande

I.S.B.N.: 84-7671-419-X

Depósito Legal: BA - 399 - 1997

Maquetación e Impresión: Gráf. Rejas - Mérida



EDITORIA REGIONAL DE EXTREMADURA

MÉRIDA 1997

La obra *La hija del águila*,  
de Andrés Carballo Expósito, obtuvo el Primer Premio del  
II Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta",  
convocado por la Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo  
de la Junta de Extremadura.

El Jurado estuvo formado por Carmen Galán como Presidenta,  
Carmen Sánchez como Secretaria y Elisa Luengo,  
Andrés Rodríguez y Casto Iglesias como vocales.

**H**ubo un tiempo en que las águilas reales dominaron los cielos extremeños con sus majestuosos vuelos. Desplegaban las alas poderosas en escuadrillas perfectamente formadas y se dejaban llevar por las corrientes de aire, ascendiendo hasta tocar las estrellas para caer en picado sobre las crestas de las peñas.

En ese tiempo lejano comenzó esta historia, en un pueblo escondido entre altas sierras, asentado en un valle rodeado de ásperos montes y picachos agudos.

Los escasos vecinos vivían de lo poco que daba la tierra y del cuidado de cabras y ovejas, pues otros animales provechosos no se criaban allí.

Los rebaños vivían entre aquellos matorrales en continuos sobresaltos, pues de vez en cuando bajaban manadas de lobos desde los montes para dar un golpe sobre los animales distraídos, mientras los pastores corrían peñas abajo para ponerse a salvo de aquellas bocas hambrientas. Las ovejas balaban con impotencia, sin poder defenderse unas a otras de los afilados dientes de los lobos. Cuando terminaba el ataque subían los pastores a recontar los rebaños y a socorrer a las víctimas del asalto.

- ¿Cuántas te faltan, Perico?

- Creo que dos, ¿y a ti?

A Miguelete también le faltaría alguna, de seguro, y al Gelillo, y a Pocachicha... Los pastores volvían al pueblo maldiciendo a los lobos, en compañía de las ovejas asustadas. Muchas de ellas llevaban manchas de sangre en sus abrigo de lana. Al llegar, los pastores contaban a los vecinos lo sucedido, y en medio de la plaza los cazadores juraban una vez más vengar aquellos ataques, tan repetidos, disparando al aire sus escopetas.



Y el que más juraba de todos era Martín el alimañero, el único vecino que en el pueblo no vivía de sembrar las tierras ni de cuidar el ganado. Martín cazaba y vendía las pieles y la carne de sus piezas, desafiando continuamente la vigilancia de los guardas. Porque para Martín siempre era tiempo de caza, pues nunca miró al calendario al salir de casa. Tampoco le importaba jamás si los pájaros estaban anidando o si los animalillos del monte criaban; a ninguno de ellos les preguntó si hacían falta a sus recientes crías cuando les apuntaba con la escopeta. Los demás cazadores siempre decían que Martín no tenía corazón, era como los lobos, que después de satisfacer la hambruna seguían matando a sus víctimas indefensas.

El alimañero presumía por las tabernas de tener en casa pieles de toda clase de animales: de zorros y de lobos, de conejos y de liebres, de tejones y de garduñas, de ciervos y de gamos... Y era cierto, pues las cuerdas de su desván estaban repletas de pieles de sus víctimas que no había conseguido vender porque tenían algún defecto, como rasgones de cepos o boquetes de disparos.

Una noche, mientras el alimañero presumía ante los demás de sus cacerías, alguien le espetó desde un rincón que tendría muchas pieles en casa, pero que jamás podría arrancar las plumas de un águila cazada por él. El alimañero se puso serio y se encaró con quien eso le dijo.

- Vaya, Pascualón, estás bien enterado de lo que no he cazado, ¿eh?

- Ya lo creo, ya. Has cazado toda clase de bichos, nadie te lo va a discutir, pero un águila es un águila. Es la reina de las aves, la más poderosa de todas...

- Pues será todo lo reina que tú quieras, pero escúchame bien, te digo que al alimañero no se le resisten ni las águilas. Además, supongo que si antes no lo he intentado habrá sido porque no le he encontrado provecho a esos pajarracos...

- Puede que sea por eso o puede que no... -le dijo el otro con malicia, desafiándolo.



- Muy bien, Pascualón, voy a intentar cazar un águila, el ejemplar más grande que por estos alrededores vuele. Me voy a dar un plazo de dos semanas para hacerlo. Dentro de dos semanas nos vemos aquí, por la noche. Tú me dirás de donde quieres que le arranque las plumas para que te creas que la he cazado.

- Trae tres plumas timoneras de una de las águilas que vuelan sobre la peña de la portilla.

- Vaya, vaya, veo que me lo pones difícil... Pero el riesgo tiene que tener su recompensa -dijo el alimañero. Hemos de apostar cada uno veinte duros de plata. Aquí van los míos. ¡Eh, cantinero!, te confiamos el importe de la apuesta, para que lo custodies.

Los cuarenta duros brillaron sobre el mostrador hasta que el cantinero los puso a buen recaudo. El alimañero y Pascualón se dieron la mano, en señal de que la apuesta era seria, y los pocos que a aquellas horas quedaban en la taberna actuaron de testigos.

Libre de otras ocupaciones, a la mañana siguiente el alimañero se dirigió a los picachos, desde los que las águilas iniciaban sus impresionantes vuelos, y al verlas ascender tan alto en pleno día se maravilló de aquella facultad que como hombre nunca tendría. Estuvo admirándolas hasta mediodía, observando sus costumbres, estudiándolas, pero cuando al volver de sus altos vuelos se dirigían a sus nidos, en las paredes verticales de las peñas, se le puso serio el semblante al pensar que sería muy difícil llegar hasta allí.

Estuvo varios días yendo y viniendo de las peñas a casa y de casa a las peñas. A veces regresaba ya bien entrada la noche. Cualquier hombre del pueblo hubiera dado por perdida la apuesta, pero el alimañero era tan orgulloso que no podría presentarse a la cita sin las tres plumas en la mano.

Ni cepos ni lazos podría usar contra las águilas, y para dispararles con la escopeta estaban demasiado alto cuando volaban y demasiado protegidas en los nidos cuando descansaban.



Después de mucho pensar llegó a la conclusión de que si de alguna manera podía cazar un águila sería disparándole cerca de sus nidos. Y así, al día siguiente volvió a las peñas con la escopeta cruzada sobre su espalda y con una gruesa sogá en la cintura, para descolgarse desde lo alto de las rocas hasta el nido de la reina. Porque el alimañero había decidido que cazaría a la reina de la colonia de águilas, la de mayor envergadura y la de más elegante vuelo. Las águilas volaron aquel día tan alto como siempre, lo que aprovechó el cazador para trepar a la cima de las peñas. Ellas observaron sus movimientos desde las nubes, desconfiadas, mientras él las miraba con rabia. Ató un extremo de la sogá a una gran roca y el otro extremo a su cintura, y se descolgó por la pared vertical de la peña hasta tener a la vista el nido de la reina.

- ¡Ven, pajarito, ven y verás lo que te espera! -así decía mientras miraba con malicia los altos vuelos de aquellas aves.

Pero las águilas no bajaron en todo el día. Desconfiadas, volaron y volaron más alto que nunca hasta perderse de vista.

El alimañero estuvo colgando de la sogá muchas horas, tantas que pensaba que aquella estrategia no daría resultado.

El sol se puso y las águilas seguían sin volver a su nido. Pero al llegar la oscuridad él se volvió invisible para ellas, y fue entonces cuando sintió el regreso a casa de aquellos grandes pájaros. Oyó el aleteo de la reina de las águilas cerca de él, hasta que se metió en el gran nido.

- Paciencia, paciencia -se dijo a sí mismo. Sabía que no podía disparar a lo loco, porque si fallaba el águila abandonaría su nido y no volvería a tener otra oportunidad.

Entrada la noche apareció la luna llena por el horizonte. El nido se iluminó con una luz plateada y el cazador vio al gran ave dormitando. Era una cobardía, lo sabía mejor que nadie, pero el alimañero no se paraba en sentimientos.



Giró la escopeta desde su espalda y apuntó, era muy fácil acertar el tiro. El trueno del disparo rebotó de peña en peña, y el gran animal cayó a las piedras desde lo alto, dando un gran chillido.

El alimañero gateó por la cuerda y una vez en la cima de la peña descendió rápidamente para recoger su trofeo. Llegó jadeando hasta donde estaba el águila moribunda. Todavía tenía algo de vida, pero no esperó para arrancarle de un tirón tres grandes plumas timoneras, las más hermosas que vio. Con la poca vida que le quedaba, el águila aún tuvo tiempo de incorporarse y lanzar su robusto pico contra la pierna del cazador, abriéndole el muslo como con una cuchilla. El cazador la remató de otro disparo y le arrancó las demás plumas de la cola. Los ojos del águila muerta se quedaron mirándolo.

- Le llevaré algunas plumas a mi pequeño -dijo con cierto nerviosismo, sintiendo cómo aquella profunda mirada parecía reprocharle una acción tan cobarde.

Con el pie derecho le dio la vuelta al águila, dejándola boca abajo para huir de su mirada. Entonces se percató de que una de sus robustas patas había sido soldada después de una fractura, que aparecía rugosa en medio del fuerte hueso. Sin duda alguna el águila había sido socorrida por alguien después de algún percance, pues las aves son incapaces de curarse por sí mismas los huesos rotos. Entonces recordó que Manuel Buenadicha, su vecino, estuvo cuidando durante meses a un pollo de águila que había encontrado malherido en el monte, hacía tiempo.

El alimañero bajó de las peñas con mucho esfuerzo. Tenía una gran herida en la pierna, de la que le brotaba sangre abundante. Se atornilló un pañuelo por encima de la herida y llegó al pueblo arrastrando la pierna, llevando en la mano un puñado de plumas ensangrentadas.



Frente a su casa había mucha gente, extrañándose de encontrarlas allí tan temprano.

- ¿Qué pasa aquí? -preguntó el alimañero, malherido y asustado.

- Acaba de nacer la hija de Manuel Buenadicha -le contestó una de las mujeres, mientras él ocultaba la herida con sus manos.

- Pues muy bien para el padre y mejor para la hija -dijo con mal humor mientras entraba en su casa.

El alimañero y Manuel Buenadicha nunca habían hecho buenas migas. Eran muy diferentes y hasta contrarios en su forma de ser. El uno vivía de la caza furtiva, y el otro de lo que daba el campo y el ganado, como la mayoría de las gentes del pueblo. A diferencia de que Buenadicha era un gran defensor de los animales, de los que daban provecho y de los demás, él no hacía distinciones. Decía siempre que la Madre Tierra era de todos los que la habitaban, que nadie tenía derecho a matar a un ser vivo si no era en defensa propia, fuera persona, fuera pez, fuera pájaro o fuera animalillo terrestre. Justo lo contrario de lo que pensaba el alimañero, para quien los animales habían sido puestos sobre la tierra para provecho de los seres humanos, y a nadie había que darle cuenta de matarlos o dejarlos vivir.

Y así, a pesar de vivir uno frente al otro desde hacía muchos años, escasamente cruzaban palabra. Y las pocas que se decían eran promovidas por Buenadicha, que haciendo honor a su apellido era buena persona donde las hubiera.

De buena gana hubiera querido el alimañero acercarse hasta la taberna aquella misma noche para presentar las plumas del águila, pero nada más llegar a casa le subió una fiebre intensa que le impidió moverse de la cama en varios días. La pierna le dolía de una manera insoportable, y su mujer hizo llegar al médico desde un pueblo de al lado. Cuando lo visitó, se asustó por el mal aspecto que tenía la herida.

- Si ha sido herida de pico de rapaz aquí hay una gran infección, sin duda alguna. Ya se sabe, esos pajarracos comen de todo, lo mismo lagartijas y ratones que carne muerta de cualquier bicho.

El alimañero lo miraba con cara asustada, y todo su afán era que el médico le dijese que no iba a perder la pierna. El médico se encogió de hombros y le recetó pomadas para aplicar a la herida todos los días, y le recomendó lavarla bien con agua templada y vendarla con un lienzo limpio.

Los días fueron pasando y la fiebre no cesaba. En sus delirios se le presentaba más de una vez la mirada acusadora del águila que mató. Por las mañanas, cuando su frente estaba algo más fresca, miraba el calendario, y en el mismo día en que cumplía la apuesta se levantó de la cama, aunque se mareaba y se caía hacia los lados. Su mujer intentó convencerlo de que no podía levantarse, pero cuando se puso el sol, se apoyó en una muleta, cogió tres plumas de las que le arrancó al águila y salió de casa arrastrando la pierna.

Antes de cumplir el plazo, el alimañero entró en la taberna. Los que allí estaban lo ayudaron a entrar, pues lo vieron llegar sin fuerzas.

Pero él les sonrió y mostró las tres plumas a la concurrencia.

- A ver, ¿dónde está Pascualón?, ¡ah, ya te veo, granuja! ¿Conque desconfiabas, eh, Pascualón? Pues aquí tienes, tres plumas timoneras del mejor ejemplar de águila que volaba por estos cielos. Ya ves, el alimañero nunca falla.

Pascualón cogió las tres plumas y le hizo una señal al cantinero, quien entregó al cazador los cuarenta duros de plata. Pascualón se olvidó de la apuesta y se interesó por la salud del alimañero.

- ¿Cómo va esa pierna, Martín? -preguntó, con cara de preocupación.

- Pues como va a ir, hombre, recuperándose -el alimañero mintió.



- Bueno, Martín, tengo que reconocer que tiene mérito lo que has hecho, pero ahora mismo lo importante es que te recuperes pronto, tienes una familia que sacar adelante.

- Blandos, que sois unos blandos. ¿Van más apuestas, señores? Con estas mismas muletas soy capaz mañana de echarme al monte y de abatir cualquier bicho que se me ponga por delante -y cuando esto decía se fue cayendo hacia un lado, mientras los que le rodeaban se apresuraron a sujetarlo de los brazos para que no se diese con la cabeza en las losas de la taberna.

Llevaron al alimañero hasta su casa, empapado en sudor de una fiebre que lo estaba consumiendo, con la pierna hinchada y dolorida. Se avisó al médico nuevamente, y aquella misma noche, entre grandes sufrimientos, se la amputaron.

Estuvo muchos días en cama, aunque la fiebre le desapareció poco después de que le alejaron del cuerpo el mal. El alimañero no quería levantarse. La vida no tendría sentido para él sin poder ir al monte todos los días, sin perseguir animales hasta sus madrigueras y llegar al pueblo a la caída del sol cargado de piezas de caza.

Al cabo de muchos días salió a la puerta de su casa ayudado por su mujer y apoyado en sus muletas. Su mujer le ocultaba que Buenadicha les estaba dando legumbres y leche para poder mantenerse, pues no quedaban pieles en condiciones para poder venderlas, y la carne de reserva hacía tiempo que se había terminado.

Así, pasaron los días y los meses, y la única ocupación de Martín fue la de sentarse en una silla a la puerta de su casa y ver cómo su hijo y la pequeña Alba -la hija de Buenadicha-, que tenían mejores relaciones que los padres, crecían juntos jugando con las piedrecillas y la arena de la calle.



Y sucedió que un día, al intentar levantar a la pequeña vecina que había caído junto a sus pies, se quedó helado cuando la niña le miró fijamente a los ojos: era una mirada profunda y dolorida, no había odio en ella, pero era una mirada acusadora. El alimañero vio cómo el águila muerta lo miraba a través de los ojos de una niña que nació pocas horas después de que aquella murió.

Desde entonces evitó mirar de frente a la pequeña, quien cada día era más amiga de su propio hijo.

El tiempo fue pasando y los niños fueron creciendo. El alimañero se acostumbró a andar con muletas, pero nunca más subió al monte. Su mujer mantenía a la familia mientras él hacía cestos de mimbre a la puerta de la casa, que ella malvendía en la plaza, y que más de uno compraba por compasión más que por necesidad.

Los padres fueron envejeciendo mientras los niños se hicieron medio hombres, y como los hijos heredan lo que fueron los padres, el pequeño alimañero empezó a cazar de manera furtiva, mientras que la hija de Buenadicha amó a la vida y a todos los seres vivos de la misma forma que le enseñó su padre.

La primera pieza de caza que trajo el hijo del cojo, que así fue como se le llamaba en el pueblo desde que su padre perdió la pierna, fue motivo para que tanta amistad de tantos años de crecer juntos se cayera a los pies de ambos.

- Ese conejo tendría su familia antes de matarlo tú -dijo Alba.

- Sí que la tendría, pero de estos bichos hay muchos en el monte y en mi casa no hay nada para comer últimamente.

- No habrá, pero hay mucho terreno para sembrar, y hay ganado para cuidar y sacarle provecho sin tener que matar a esos pobres animalillos.

- Sermoneas como un cura, Alba -y el hijo del cojo se metió en casa con su pieza en la mano.

Desde entonces ambos se distanciaron como lo hicieron sus padres muchos años antes. Alba se hizo cargo de los trabajos de su padre arrancando frutos a los huertos y alimentos a los animales sin tener que matarlos, y el hijo del alimañero perseguía a todo ser que pudiera ser despellejado vivo para agradar al suyo cuando volvía cargado de difuntos.

Un día el hijo del cojo le dijo algo a la joven Buenadicha de que su padre había cazado un gran águila hacía muchos años, y los ojos de ella lo miraron como años atrás miraron al padre.

El joven alimañero aguantó la mirada y dijo desafiante:

- Si mi padre pudo cazar un águila, yo también podré.

- Tú verás, furtivo. Ya ves cómo quedó tu padre por cobrar aquella pieza. Además, puedo entender que traigas un conejo a casa para que cenéis esta noche, pero tu padre mató a aquel águila para ganar una apuesta de taberna con tres plumas inocentes. Fue una cobardía.

- ¿Y tú cómo sabes todo eso?

- Lo sé...

- Pues yo te digo que a mí un águila me hace lo que aquella le hizo a mi padre, y con piernas o sin ellas, andando o a gatas, me subo al día siguiente a las peñas y no queda ni una lagartija entre las piedras.

Alba no contestó. Le lanzó aquella mirada penetrante con que ella miraba, que el alimañero no pudo aguantar esta vez, mientras se metía en casa escondiendo el conejo.

Si no hubiera sido hijo de quien era, el alimañero no habría vuelto a pensar en cazar águilas, pero la sangre es la sangre, y lo mismo que su padre se embarcó un día en aquella aventura, él se embarcaba ahora.

Aconsejado por su padre, intentó la caza de la misma forma que muchos años antes le dio resultado a él, pero aquella vez la sogá se soltó de la cintura y el cazador cayó en el gran nido vacío del águila que todavía volaba en las alturas. El gran ave bajó del cielo como un rayo e hincó sus poderosas garras en las espaldas del furtivo, subiéndolo hacia las nubes, sin soltarlo.

El furtivo vio aterrorizado cómo la tierra se le alejaba primero, y cómo se le acercaba de golpe después, entre sus gritos impotentes.

El águila, hija del viento, voló sobre los tejados del pueblo, y los vecinos, al percatarse de que llevaba a un hombre entre sus garras, salieron de sus casas para ver aquel espectáculo nunca visto antes.

Todos se congregaron en las calles, y el cojo, medio ciego, salió de su casa al oír los gritos de las gentes. Lloró al saber por los convecinos que era su hijo el que iba entre las garras, y se sujetó a las muletas con la cabeza baja, para que los demás no viesan su dolor de padre.

El águila sobrevoló los tejados del pueblo varias veces, sin soltar a su prisionero, y entonces ocurrió algo sobrecogedor.

La joven Buenadicha, que también salió de casa alertada por el griterío, al comprender lo que ocurría imitó el sonido de las águilas al comunicarse entre sí, de tal manera que parecía de su misma especie. El gran pájaro no obedeció al principio, pero pronto comenzó a volar alrededor de ella, trazando círculos en el aire cada vez más bajos. Alba dirigía desde tierra sus movimientos, ante el asombro de los vecinos y la satisfacción de su padre. El águila aterrizó mansamente y dejó al alimañero malherido a sus pies, quedándose junto a su ama. Alba la miró y le acarició su sedoso plumaje, agradeciéndole su obediencia. Después, el águila reemprendió el vuelo hacia las alturas, hasta perderse de vista.



El viejo alimañero lloraba sin disimulo, mientras su mujer socorría al hijo herido. Levantó la vista y se encontró nuevamente con la mirada de la joven Buenadicha, aquella mirada penetrante que tantos años había tratado de evitar encontrarse de frente, la misma mirada que lo acusaba una y otra vez en las noches de fiebre.

Entonces, delante de todo el pueblo, abrazó con arrepentimiento a la salvadora de su hijo y sollozando dijo:

- Yo te maté a ti un día.

Alba lo retuvo entre sus brazos, y contestó muy serena:

- Sí, y yo a cambio te devuelvo ahora la vida de tu hijo.

Y esta es la historia de un gran águila que después de morir volvió a vivir en otro cuerpo para reconciliarse con quien la mató. Es una historia que mucho tiempo después sigue impresionando a los que la escuchan al calor de la lumbre, para lección de quienes desprecian el valor de la vida de los animales del agua, de la tierra y de los cielos.